

La Calle

- * El espectáculo del Guau
- * La mejor sátira política

Por Miguel Angel
GRANADOS CHAPA

A PRESURESE usted, si quiere beneficiarse de las veladas literario-político-musicales, del grupo de Julián Pastor en el bar Guau, del restaurante El Perro Andaluz, del sur (Altavista e Insurgentes): acaso pronto tengan que emigrar de ese que ha sido el lugar de sus éxitos en la última década.

En efecto, durante nueve años y pico se ha sostenido allí el mejor espectáculo de sátira política que ha habido en los últimos tiempos, regido por una información bien estructurada y actual, que permite que los esqueches queden puestos durante años sin perder su frescura original, su capacidad de evocar las imágenes que se proponen ridiculizar, censurar, transformar.
(Pasa a la pag. 3).

En tan largo periodo, el grupo ha tenido una variedad de integrantes. Por ello sobresale el papel de Mario Ardila, decano de la compañía, que ha estado allí desde siempre. Procedente de *La edad de oro*, el bar que generó una idem del espectáculo nocturno (con Oscar Chávez, Martha Ofelia Galindo, María Luisa Alcalá, Arturo Alegre, Gilberto Pérez Gallardo), Mario Ardila canta y toca la guitarra, hace de maestro de ceremonias, sirve de lazo conductor a la revista. En su vertiente de trovador ha puesto en circulación recientemente un LP del que alguna vez nos ocuparemos en este lugar.

Aparte la calidad de los textos (algunos de ellos todavía escritos por el finado Pepe Rojo de la Vega, autor también de las sátiras políticas cantadas por Oscar Chávez), que son responsabilidad de Julián Pastor, lo que hace memorable el espectáculo del *Guau* es la calidad de las actrices y actores que integran el cuadro. Kala Ruiz ocupa hoy el papel femenino principal. Es magnífica en el albur yucateco y por completo verosímil en la reproducción de los hábitos y preocupaciones de una señora de la clase media alta, ufana de sus convencionalismos. Kala Ruiz brilla sin desmedro del recuerdo de otras vedettes que la antecedieron, como la añorada Nora Velázquez, la graciosa Lape Vázquez (que con la magistral Martha Ofelia emigró hace años al Refugio del Viejo Conde) o una Graciela cuyo apellido por desgracia se me escapa ahora, pero que hizo por años, mejor que nadie, la india mazahua, "comerciante de la Zona Rosa", que asesta al público explicaciones mandelianas sobre la crisis, como argumento de venta de su mercancía, que antes era fayuca y que ahora está en el mercado legítimamente, gracias a la liberalización comercial auspiciada por un Héctor Hernández que ha sido frecuente destinatario de la crítica política destilada entre los humos del alcohol y los cigarrillos.

Victor Trujillo sobresale en su encarnación del psicoanalista argentino que pone en aprietos a algún desafortunado parroquiano que accede a subir al escenario, y en su papel de travesti, en que la tehuana Nayeli increpa al público, y en el del Chútaro, el mesero que aspira a ser como Victor Trujillo en el escenario. Ausencio Cruz enfrenta con éxito el diario reto de improvisar en su representación del demagogo priista. Gabriel Vertier hace un espléndido maestro de tenis, Georgina Tavora y Ana María son magníficas imitadoras de una bien lograda señora Legorreta y de algo así como Joan Baez. Todo el conjunto es especialmente bueno en su Carmina Burana publicitario y antitelevivo y en su número final, contrario a los eufemismos, favorecedor de una verdad sin tapujos y de la convicción de que "nadie nos podrá callar".

Como fin de fiesta, mientras los meseros llevan cuentas a las mesas, demoran el cambio y los habituales se saludan, cuando advierten sus presencias al encenderse la luz, Cab Calloway nos remite, desde una cinta algo usada, a los clubes para blancos con espectáculo de negros en los años treinta.